

Sobre la belleza espiritual

CARMEN ROCAMORA

Siempre que pensamos en Velázquez, nos viene a la memoria lo que nos han enseñado los libros. Conocemos *La rendición de Breda*, *Las lanzas*, *Las hilanderas*, *Las meninas*, *La Venus del espejo*, *El Cristo en la Cruz*, *Los retratos de Felipe IV*, *Los de las Infantas*, etc.... pero nadie se ha fijado en unos personajes, que él reflejaba con frecuencia y que, por descontado, no aparecen en los Tratados de Historia.

A ellos quiero dedicar este trabajo, por ser los olvidados del Arte, los desconocidos y los ignorados.

De ellos supo extraer Velázquez, todo el sufrimiento y la carga pasional de sus existencias... Y de sus miradas, toda la ironía, el odio, el servilismo y la tristeza... Son los grandes, y a la vez, más pequeños actores secundarios de la Historia, a los que me voy a referir en este artículo, que titulo:

“El alma de los bufones velazqueños”

Quiero decir que la idea está extraída del libro *“Ensayos del Museo imaginario”*, de mi padre, por el que le fue otorgado el Premio Nacional de Literatura del año 1960.

Releyéndolo, pensé que sería un acto de egoísmo por mi parte quedarme con ese torrente de ideas y pensamientos sin comunicárselo a los demás, y puesto que es imposible encontrar el libro en hemerotecas, librerías, etc., decidí extraer del tiempo y del olvido, su pensamiento, y, entremezclándolo con el mío, exponeros unas ideas que no encontraréis en las Historias del Arte, por su originalidad, y porque creo sinceramente que nadie se ha atrevido a afrontar.

El alma inmortal de cada hombre, es lo que asoma en el arte español del s. XVII. Por ello, su realismo es un canto glorioso a la terrible fealdad del mundo.

En el ámbito de la Literatura, Mateo Alemán define la psicología del pícaro. Cervantes, publica su gran divinización del caballero, (me refiero naturalmente a D. Quijote). Gracián estudia al héroe y al discreto. Y Fray Gabriel Téllez crea el *Don Juan*. Las letras, tienen ya, un tema insólito al que consagrarse, analizándolo a través de los más imprevistos ángulos intelectuales: el estudio del hombre. Éste, situado en el vértice de la vida, concita las miradas atónitas del mundo. Y el arte, entonces, se entrega a analizar el enigma terrible de su carácter.

Lo que antes transcribía la proyección estética de un rostro, ahora es una búsqueda incontenible por hallar el verdadero secreto del alma. El pintor no retrata cuerpos, sino seres con espíritu. Se trata de un movimiento psicológico, que se desplaza, desde su antiguo meridiano de las formas, hacia el meridiano de las almas.

Los sentimientos del individuo desempeñan su misión, en el ágora pública del lienzo. El dolor, la amargura, afloran, tras la armonía del colorido, como subfondo humano de cada tema pictórico.

Velázquez, anárquico, da en sus lienzos tanto interés a los bufones como Tiziano se lo había dado a los reyes, Rafael a sus Vírgenes o Zurbarán a sus místicos. Ni él, ni Cervantes intentaron hacer Filosofía. Pero la Historia de la cultura cambió la manera de pensar del mundo hacia el estudio del individuo.

Este es el caso del retrato del enano D. Sebastián de Morra. Toda la personalidad de la figura culmina en la sombra profunda de los ojos. La mirada del personaje es amarga, desilusionada y terrible. Hay allí un alma en congoja constante, torturada, y a la vez serena.

En este retrato no se refleja un espíritu en trance de desesperación, sino una vida cargada de pesadumbre y de tristeza, mantenida por una energía moral que se asoma a los ojos, y desconcierta, y avergüenza —desde su altivez— al observador.

El enano de Velázquez es un nuevo *ecce homo*, que exhibe al mundo toda la grandeza de su dolor, el humano sacrificio de su vida martirizada, cubierto de una púrpura irrisoria, resignado y magnífico...

Y es que, la Escuela Velazqueña, ha descubierto al género humano, como eje y razón soberana de la pintura, que nos muestra el gran secreto de su alma y de su vida, desgarrada de sufrimiento.

D. Sebastián de Morra, hazmerreír del mundo, grotesco con el apocamiento de sus piernas inverosímiles, sentado ante nosotros a través del lienzo velazqueño, nos grita desde hace siglos una terrible lección de serenidad y de esperanza. Es ya una criatura que se sabe inmortal, que proclama el derecho de su sagrada personalidad y que se enfrenta a todos, con su individualismo solitario, basado en la fe de una postrera salvación para su espíritu.

Las palabras de Leonardo da Vinci parecen escritas para analizar este concepto. Nos dice: “Toda la pintura tiene algo de Filosofía”.

Efectivamente, en el XVII, se produce el choque asombroso entre “La Naturaleza del hombre como objeto” y “La Naturaleza del hombre como Espíritu”, que es la esencia de todas las Filosofías. Por ello, a esta Escuela se debe la mejor explicación de la íntima y acongojante problemática existencial de cada individuo.

Creo, en consecuencia, que de aquí nace el concebir el retrato como la mejor, la única, la descarnada biografía de cada ser humano.

La pintura teme siempre a la risa. La esquivo, como quien escapa, angustiadamente, de un maleficio. La risa es, en cierto modo, la antítesis del pensamiento. El hombre ríe cuando su inteligencia se escapa hacia las regiones de la nada o el olvido.

Velázquez se ha planteado el difícil problema del más insólito estilo de reír: el de los bobos. Contemplando su “*Bufón Calabacillas*”, antes llamado “*Bobo de Coria*”, un aire trágico parece estar a punto de helarnos la sangre.

Sí. Velázquez tiene razón; un tonto a secas nunca será bufón. Y si uno es buen bufón es porque ha dejado de ser tonto.

Los bufones están cargados de psicología.

Dostoiewski dedica al estudio de uno de ellos uno de sus más sabrosos ensayos. “El bufón — dice el escritor ruso— permite con cierto placer que se burlen de él y que se rían de su propia cara; pero, al mismo tiempo, su corazón sangra ante la idea de que sus oyentes rían malvadamente, no sólo de lo que él cuenta, sino de su persona, también, de su corazón, de su cabeza, de su exterior, de su carne y de su sangre”.

El bufón de Dostoiewski —como el de Velázquez— es un mártir, en el sentido exacto del vocablo. Pero un mártir inútil, y por eso mismo ridículo. Esa misma ridiculez de su cuerpo, no de su alma, es la que agranda el dolor de su vida. Lo terrible no es comprender todo lo grotesco de la propia situación, sino la impotencia para liberarse de ella.

La angustia del bufón *Calabacillas* es la del dolor sin eco. Su figura cómica se repliega en una actitud equívoca, entre la humildad servil y la confianza palaciega, que no se sabe si bordea los confines de la adulación o del temor. Es la suya una forma triste y dolorosa de sonreír, con ese gesto apocado y temblón que es sólo atributo de los míseros y de los hambrientos.

“*El Bobo de Coria*”, con sus ojos estrábicos y su frente abombada, no se sabe si está en actitud sedente ante el pintor o humillado de hinojos. Tal vez fuera esa su postura habitual frente a Felipe IV. Una actitud —intencionadamente confusa y sutil— entre la impunidad que le brinda la simpatía del monarca y el temor, casi canino, que le produce la proximidad llena de riesgos de la autoridad y del mando.

Porque el hombre se aterroriza siempre frente a su semejante, cuando éste ejerce el poder... Los bufones son los que menos ignoran la crueldad del omnipotente o del poderoso.

Por ello, el bufón mira a su señor con indecible miedo, convencido que su vida pende, tan sólo, del hilo quebradizo y efímero de la oscilante simpatía real. El ocaso de ésta abrirá para él la sangrienta aurora de su muerte. Por eso, su sonrisa, que quiere ser de adulación, es en realidad la mueca de un alma aterrorizada y cobarde.

Ya está Velázquez en la raíz de España; como decía de él su biógrafo apasionado, Díaz del Valle: “...en las obras del maestro, hay mucha

alma, en carne viva”. Sí. En la carne viva y sangrante de España, donde Velázquez exploró la fibra más soterrada de nuestro pueblo, porque nadie como él supo entrar en la intimidad pobre y desnuda de sus conciudadanos, afrontando, con amargo heroísmo, el tema eterno de la adulación cortesana.

No ha habido, en toda la pintura universal, una sonrisa tan servil como la del bufón velazqueño, ejemplo de una vileza física cuyos rasgos descubren la realidad terrible de una carne que se subleva trágicamente ante el destino inexorable que esclaviza, en su tremenda y alucinante realidad.

Tampoco existe modelo más reverencial de cortesía, que ese rictus que dibujan los labios descoloridos del Bobo de Coria.

¿Cuántas veces habrá descubierto el pintor ese mismo gesto en los elegantes personajes, que a menudo desfilaban por los salones de palacio?... o —por qué no decirlo— ¿es que el propio Velázquez no sonreiría así, con cara aduladora, mientras pintaba las caderas, casi femeninas por su redondez, del todopoderoso Conde Duque de Olivares?...

Sin embargo, el maestro, para liberarse de esa influencia tentadora de la adulación o el servilismo, pintó, como contrapunto, entre las bellas Infantas de cabellos rubios y relucientes, unas enanas deformes, como María Bárbola, de rostro lamentable.

Y es que sólo un pintor que supo reflejar como nadie la señorial grandeza de las feas emperatrices de España, pudo haberse atrevido a inmortalizar la belleza espiritual de los deformes bufones palatinos.